

CABRA, CIUDAD DEL AGUA.

(Rafael Luna Leiva)

12-07-2020

Es una obsesión personal, pero desde mi infancia he percibido que el pueblo que me vio nacer es un oasis con todas sus virtudes, un paraíso al que no renuncio por su nutriente belleza, resultado del lento trabajo de las rocas calcáreas de la Sierra y de la lluvia, trabajo que da como resultado manantiales que riegan el extenso valle que se extiende desde la Fuente del Río hasta la vecina localidad de Monturque. La canícula de julio nos está devolviendo la noción sagrada del agua, condición primaria que sostiene la vida, algo sumamente conocido y valorado por generaciones de hortelanos egabrenses, soldados alertas que ven en el agua sus cualidades infinitas que posibilitan la alimentación equilibrada gracias a su sabiduría y trabajo constante. En estos días de intenso calor recobra el valor del agua. Al servirme un vaso o refrescarme la cara en el lavabo me acuerdo de otro tiempo en el que fuimos educados para cuidar y administrar el agua, para agradecerla y celebrarla como lo que es, el fundamento prodigioso de nuestra vida. Me deslumbra cuando pienso que el sesenta por ciento de mi cuerpo está formado por el agua que brota de los manantiales de estas sierras que circundan a mi pueblo.

En la penumbra de mi casa recuerdo la penumbra de la casa donde pasé mi infancia, el olor de los cántaros y de los botijos con sus superficies prometedoras de frialdad, y cómo el agua se administraba con respeto religioso, como el que se tenía con el pan, el cual besábamos cuando se nos caía al suelo. Recuerdo el agua discurriendo por las acequias, bajo la sombra fresca de los membrillos, esa agua que luego inundaba la tierra de las huertas, tierra previamente labrada, alisada hasta dejarla porosa y sin grumos en la que se trasplantaban hortalizas. Cuando llegaba el agua a los canteros a la hora del atardecer, se levantaba un olor a denso polvo humedecido, el familiar petrocór u olor a tierra fértil, empapada y oscura.

Paseando por las huertas de la Vega Alta de Cabra con mi amigo José Mari Castro Valle, sabio amigo hortelano del que aprendo tantas cosas que desconozco, hemos estado visitando los canales de riego y estanques que rodean el paraíso donde él reside. Me cuenta sus secretos, sus funciones vitales, el sentido de toda una ingeniería que se ha ido manteniendo de generación en generación. Me habla de cómo se construían las albercas terrizas, del secreto de los cañaverales que las rodean, de cuándo se hicieron los estanques de obra, de la llegada del sistema de riego por goteo sustituyendo para siempre al tradicional riego por inundación.

Hablando de mil cosas con mi amigo hortelano me viene a la memoria de cómo a finales de los años sesenta el agua clorada y azul de las piscinas ya iba sustituyendo al agua de las albercas donde aprendimos a nadar los niños de mi edad, albercas verdes de ovas y de mil ranas, aguas heladas de manantiales subterráneos de la Sierra. En relación al agua, recuerdo cuando en casas modestas aún no había cuartos de baño, pero empezaba a instalarse grifos en algunas de ellas, sobre la pila del patio o la de la cocina. Recuerdo cuando en nuestra bañera abrimos por primera vez el grifo. Teníamos la sensación de estar presenciando un prodigio que iba a acabar con los barreños de zinc y el agua calentada al sol inmisericorde del verano. Ahora que lo pienso, los grifos entraron en las casas al mismo tiempo que los televisores, de modo que había una correspondencia entre ambas novedades que venían anunciando un tiempo nuevo de adelantos admirables y abundancia sin límites. Por cierto, el frío intenso del agua moderna de los frigoríficos nos hizo olvidar el frescor exacto del agua de los manantiales, del agua oscura de los pozos o las humedades brillantes de los botijos.

Hablando de albercas y canales con Castro Valle, recordando los cambios que hemos ido viviendo, sigo pensando que aún nos falta un impulso pedagógico en nuestras vidas cotidianas, hemos de aprender la lección olvidada al cabo de tantos años de consumismo y despilfarros, de falta de respeto hacia las cosas que son de verdad imprescindibles y aun sagradas: malbaratar el agua es como tirar y desperdiciar la vida y el simple acto cotidiano de cortar a tiempo un grifo es un gesto valioso de rebeldía contra la sinrazón consumista, una manera de no rendirse a la conspiración del desierto.